

## **MEMORIA DEL FUTURO: CONTRIBUIR A UNA CULTURA DE PAZ.**

Desde el origen de los tiempos, ha prevalecido la ley del más fuerte. Desde entonces ha prevalecido la espada sobre la palabra, la imposición sobre el diálogo. Desde entonces, han sido los hombres quienes, con contadas excepciones, han gobernado y tomado decisiones sobre el conjunto de los pueblos. Desde el origen de los tiempos, se ha divulgado y seguido un proverbio perverso: “Si quieres la paz, prepara la guerra”. Y, como es lógico, la paz no ha sido más que los intervalos de aquello para lo que tanto nos habíamos preparado: la confrontación, la guerra. Desde entonces, se han difundido informaciones sesgadas o claramente incorrectas para confundir al enemigo y evitar a los nuestros y a los aliados reales o potenciales el conocimiento de los horribles sucesos que tienen lugar cuando se lucha por sobrevivir. Desde entonces, alabanzas sin fin a la heroicidad de los soldados, a quienes fueron enviados al frente sin haber podido disfrutar de los periodos apacibles, para dar, con gran frecuencia, su vida – irrepetible, irreparable – sin saber por qué ni por quién.

El Siglo XX ha representado el fracaso espectacular y amargo, con el precio de millones de vidas, de la cultura de guerra e imposición. Han tenido lugar grandes progresos de la ciencia y de la tecnología, que han mejorado la salud y la calidad de vida. Los antibióticos, las prácticas quirúrgicas, la capacidad de transporte y de comunicación.... han representado el lado amable de la otra cara de una realidad ensangrentada, violenta, genocida, cruel, tristemente aleccionadora. Al terminar el siglo XX, junto al esplendor y la riqueza del barrio próspero, en muchos lugares de la aldea global reinan la miseria y la exclusión. Más de 30 mil seres humanos mueren todos los días de hambre.... al tiempo que consumimos 2.500 millones de dólares diariamente en armas!.

En 1945, al término de una conflagración mundial en la que se usaron las más abominables prácticas de destrucción y de exterminio, los Estados Unidos de Norteamérica lideraron en San Francisco, California, el establecimiento de las Naciones Unidas. Con la clarividencia propia de estos momentos de gran tensión humana, la carta de la ONU se inicia así: “Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”. Pocos años después, en 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Ya disponen “los pueblos” del horizonte moral que se necesita para la gobernanza a escala mundial. En 1954, con el programa de las Naciones Unidas para el desarrollo, se pone en marcha lo que constituye una palabra clave para la seguridad y la estabilidad: compartir. Compartir mejor, distribuyendo y facilitando el acceso de todos a la riqueza, incluyendo desde luego, muy en primer lugar, al conocimiento. La “guerra fría”, con la carrera armamentística entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, empaña los buenos propósitos de aquellos “pueblos” que, guiados por los valores que representan los derechos humanos, deseaban compartir y desarrollarse de manera más equitativa en todos los rincones de la tierra.

En el año 1989, el hundimiento del muro de Berlín marca un momento de esperanza: será posible invertir menos en armamento y los “dividendos de la paz” podrán, por fin, atender a los más menesterosos y proporcionar mayor consistencia a las Naciones Unidas. Pero pronto quedó claro que los países más prósperos deseaban abandonar el multilateralismo y convertir “Nosotros, los pueblos...” en “Nosotros, los poderosos...”. Con el G-7, la humanidad volvió a acatar los dictados de los más fuertes, estableciéndose una extraordinaria contradicción entre las democracias a escala local y una oligocracia a escala supranacional, guiada por los intereses del mercado, en la que los más innobles tráficos - de armas, de capitales, de drogas, de personas... – tienen lugar en medio de una total impunidad. La fractura entre ricos y pobres se amplía en lugar de reducirse y la miseria y exclusión en que viven tantos

seres humanos se transforma pronto en frustración, animadversión, rencor, violencia e inestabilidad... . Grandes flujos emigratorios y brotes de terrorismo, que culminan el 11 de septiembre del año 2001 con los trágicos atentados suicidas a los símbolos del poderío norteamericano en Nueva York y Washington.

Todos – aunque es lógico que entre 6.100 millones de personas alguien pierda la razón – al lado de la vida, inequívocamente al lado de las víctimas. Pero, al mismo tiempo, sabiendo que tenemos que esforzarnos en reducir, lo antes posible, los medios de cultivo, las raíces de la violencia. Convencidos de que no es la paz de la seguridad si no la seguridad de la paz la que queremos proporcionar a nuestro descendientes. Convencidos de que deben aplicarse las pautas y declaraciones que las Naciones Unidas han formulado, particularmente en la década de los 90, sobre educación, medioambiente, papel de la mujer, desarrollo social, desarrollo cultural... para transitar desde una cultura de predominio y de guerra a una cultura de entendimiento, de diálogo y de paz.

En la Carta de la Tierra se indica: “A medida que el mundo se vuelve cada vez más interdependiente y frágil, el futuro depara, a la vez, grandes riesgos y grandes promesas. Para seguir adelante, debemos reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida, somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común. Debemos unirnos para crear una sociedad global sostenible fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz”. Cultura de paz que la Asamblea General de las Naciones Unidas establece unánimemente el día 13 de septiembre de 1999. A través de la educación, principalmente, se construirá una ciudadanía mundial que permita la puesta en práctica de los principios de justicia, libertad, igualdad y solidaridad que proclama el preámbulo de la UNESCO. Son los “ideales democráticos”, los que deben orientar la gobernanza mundial, en lugar de

transferir al “mercado” las responsabilidades que son propias de los políticos, gobernantes y parlamentarios.

El 15 de febrero del año 2003 ha representado, por vez primera, la expresión de la voz de todos los pueblos del mundo en favor de la paz y de la justicia. En contra de la guerra, especialmente de una guerra “preventiva”, que contraviene los principios fundamentales del derecho internacional. La voz de todos para volver a “Nosotros, los pueblos...”, mediante unas Naciones Unidas revigorizadas y dotadas de los recursos financieros y humanos que necesitan para el cumplimiento de su misión. Para garantizar a las generaciones venideras paz y concordia. Por fin, la voz de todos los seres humanos, elevándose hasta los oídos de los líderes mundiales. “No en mi nombre”. “Otro mundo es posible”.

Otro mundo que nos permita asegurar que podemos ofrecer, intacto, el futuro a nuestros hijos y nietos para que puedan escribirlo a su modo, las manos juntas. El pasado ya está escrito y sólo puede describirse. Debe describirse fidedignamente. El presente es irremediable, pero el futuro es nuestra responsabilidad suprema. Para que la indiferencia de tantos jóvenes de la sociedad opulenta se torne en acción y compromiso y se den cuenta que no guardamos silencio, de que nos atrevimos, de que los tuvimos en cuenta.

Federico Mayor Zaragoza.

mayo 2003.